
LA COMUNIDAD DE LETRAS

Recibido: 12/08/2021

Aceptado: 20/09/2021

Clásicas en contextos de encierro: ejercer derechos, cuestionar prácticas

Viviana Diez

Combi a Ezeiza. Llevar la Facultad a otro lado, ahí donde no está la Facultad. Armarla con las compañeras y las estudiantes de Letras. Un edificio agradable para las clases, rodeado de verde, nuevo, que, sin embargo, las chicas solo pueden habitar, aprovechar de a ratos. Esos ratos en los que juntas armamos Puan afuera de Puan.

Trabajé en el CUE durante el 1^{er} cuatrimestre de 2017, dando Lengua y Cultura Latinas I en el marco de la cátedra de la profesora Alicia Schniebs. Con ella armamos el dictado y sostuvimos las clases semanales. La asignatura forma parte del ciclo de grado de Letras y por esto fue solicitada al Departamento de Lenguas y Literaturas Clásicas, que integro como docente auxiliar. No obstante, la relación con el Programa UBA XXII venía de antes, ya que con Alicia también habíamos dado Latín I y II algunos años antes, en el Centro Universitario Devoto. Si la convocatoria al Programa tuvo un origen institucional y curricular, la decisión de participar estuvo sin duda ligada a la forma de entender la tarea docente y la relación entre la universidad y la sociedad que Alicia sostiene y yo comparto plenamente.

La materia tiene como objetivo brindar a les estudiantes un acercamiento introductorio y crítico a la cultura latina a través de la lengua y sus testimonios. Las clásicas son de tránsito obligado, en ocasiones tortuoso, para cualquier cursante de la carrera y lidiamos con cierta fantasía de elitismo y dificultad que es imperioso desafiar, en particular en el caso de las estudiantes del CUE. La experiencia previa en Devoto hizo que fuera imposible no comparar ambos espacios: frente a la atmósfera de comunidad universitaria que se respiraba en el CUD, no exenta de conflictividad y siempre amenazada por el autoritarismo penitenciario, en el CUE las estudiantes estaban mucho más sujetas a una lógica paternalista, que impedía un uso del espacio más autónomo y extendido en el tiempo. No poder asistir sin el acompañamiento de las celadoras, la permanente vigilancia, la administración del tiempo de un modo ajeno a las lógicas del estudio son prácticas que limitan el ejercicio del derecho a estudiar y que afectan una vez más a las mujeres y



diversidades de manera diferencial. En otras palabras, el entorno de privación de la libertad se filtraba en nuestro espacio universitario y eso, claro, marcaba diferencias con el dictado de la materia en el entorno de Puan. Estas no aparecen en el plano de los contenidos, de hecho usamos los mismos materiales, pero sí en la dinámica de las clases. Por un lado, mi experiencia siempre fue con grupos pequeños, alrededor de cinco estudiantes, lo que permitía un intercambio más intenso. Por otro, el tiempo de cursada efectivo siempre fue un poco menor, y esto tenía como resultado un recorte de temas. Me parece importante señalar esto: creo que opera en nuestra tarea docente en contextos de encierro la idea —¿el prejuicio?— de que el entorno y la trayectoria educativa de nuestros estudiantes hace que estén en desventaja respecto de los dictados habituales de la Facultad. Sin embargo, las diferencias que en ocasiones aparecen muchas veces están vinculadas mucho más con la imposibilidad de garantizar espacios y tiempos adecuados en las unidades penitenciarias, tanto de clase como de tiempos de estudio, que a rasgos personales de los alumnos. Ahí tenemos una agenda de trabajo y disputas siempre pendiente.

El trabajo conjunto con las estudiantes fue siempre un espacio de encuentro, que me llevó (y me lleva) a repensar qué enseño, cómo lo enseño, para qué. El cambio de entorno constituye una dislocación que me lleva a revisar mi propia trayectoria estudiantil, mis imaginarios, el vínculo que se establece con una estudiante. Sin duda, aparece la pregunta por la relevancia, pero también por las formas de hacer, las jerarquías, el posicionamiento epistemológico. Los muros ponen en perspectiva muchas cosas. Comparto un ejemplo: recuerdo que en conversaciones en el recreo o en espacios de estudio, algunas estudiantes referían que la combinación de la propia situación de encierro y la existencia del CUE daba por resultado la posibilidad efectiva de cursar la carrera, algo que no habían podido o no estaban seguras de poder hacer de estar en libertad. Esta reflexión es una llamada de atención sobre el acceso de todos los ciudadanos a la educación superior, mucho más vinculada con la articulación entre universidad y sociedad que a lo estrictamente propio de la educación en contextos de privación de la libertad.

Para terminar, ¿por qué “ir a la cárcel a dar clase”? ¿Cuál es la función de UBA XXII? Me interesa subrayar que, a mi modo de ver, simplemente estamos ahí para garantizar un derecho. Dejo para los especialistas la cuantificación del beneficio de la educación para las personas privadas de su libertad (en términos de empleabilidad, reincidencia, perspectivas laborales). Creo que antes de pensar estas lógicas de costo/beneficio, nos toca asumir que es nuestra responsabilidad como institución educativa pública movilizar nuestras prácticas y recursos para que quienes están privadas de su libertad no vean menoscabado su derecho a la educación. Me incomodan los imaginarios de rescate o beneficencia. Y en el marco de este ejercicio de un derecho ciudadano, creo que lo que puede empezar a pasar es que esas fronteras entre el afuera y el adentro, que parecen tan monolíticas, empiecen a tener fisuras. Recuerdo actividades de presentación de libros que hicimos en Puan y en las que, después de mucho batallar con la burocracia penitenciaria, pudimos contar con la presencia de estudiantes de UBA XXII. O a un estudiante que vino a rendir su final a una mesa regular de un turno de examen. O el entusiasmo de una estudiante frente a la posibilidad de continuar las materias en los dictados cuatrimestrales regulares. Me interesa situar y poner en diálogo la dimensión política de esta porosidad, para que nos permita pensar el encierro y la libertad como dimensiones relacionadas, en las que nuestras creencias y modos de hacer son interpelados. Ser docente en el CUE es sentir en el cuerpo que somos la Facultad allí donde se produce un encuentro que nos lleva más allá de nosotros mismos, no importa en qué edificio nos encontremos ni qué tipo de rejas nos rodeen.

Las constructoras que la UBA no conoce

Entrevista a Paula Hoyos Hattori¹

por Lucía Molina y Sabrina Charaf

Para empezar, queríamos pedirte si podías contarnos sobre los inicios de tu participación en el Centro Universitario de Ezeiza (CUE IV). ¿Cómo fue ese primer acercamiento? ¿Cómo decidiste ir a la cárcel? ¿Cómo surgió la propuesta?

Soy Ayudante de Primera de Literatura Europea del Renacimiento en la cátedra de Martín Ciordia. Tuve la posibilidad de ir al CUE a dictar nuestra materia en el primer cuatrimestre de 2018. La verdad es que hacía varios años que yo pensaba en esa posibilidad, pero no la había manifestado. Lo que ocurrió fue que me llamaron del Departamento de Letras, puntualmente Juan Moris, y me propuso dar la materia. Le dije que sí con mucho entusiasmo, porque me pareció que era una ocasión perfecta para llevar a cabo eso que yo quizás había simplemente pensado antes. De inmediato hablé con Martín Ciordia y le pareció excelente, también hablé con el resto del equipo, en ese momento por motivos particulares de cada cual no era posible armar un equipo para ir a la cárcel, así que dicté la materia yo sola ese primer cuatrimestre y la experiencia fue realmente espectacular.

¿Cómo conocías el programa? ¿Por qué tenías ganas de participar?

La verdad que el recuerdo es bastante difuso, tengo la sensación de saber que esto existía por una amiga, Oriana Seccia, que trabajó en el Centro Universitario de Devoto. Ella es socióloga y dictó allí varias veces la materia de la que forma parte, y creo que también fue a Ezeiza. Ella me había contado algunas experiencias y eso quedó de alguna manera en mi mente como una posibilidad, algo que se podía dar también en Letras. Pero francamente, de no ser por el llamado del Departamento, quizás no lo hubiese hecho ese cuatrimestre y lo seguía posponiendo por las cosas de todos los días.

¿Te acordás qué expectativas tenías? ¿Cómo te imaginabas que era dar clases en la cárcel?

Me lo imaginaba confusamente, no tenía una imagen muy clara de lo que iba a encontrar, la verdad. Me imaginaba un espacio muy distinto al que después conocí. Imaginaba a la cárcel (voy a decir un lugar común) como un espacio oscuro, quizás con las personas que viven ahí vestidas del mismo color, con el mismo tipo de ropa, con carceleros y carceleras también casi como militares. Tenía una imagen de prejuicio, de películas, pero tal vez ni siquiera de películas argentinas, sobre lo que era el espacio de la cárcel. Y sobre el espacio de formación, no sabía bien qué me iba a encontrar, me imaginaba un aula medio oscura y con más control de lo que encontré después. Fue muy buena la experiencia del primer día, me acuerdo bastante bien porque por un lado iba con esas

¹ Las entrevistas de este *dossier* fueron realizadas de forma oral y luego transcritas.

expectativas, también con nervios y un poco de temor porque tenía que entrar a un espacio que nunca había visitado en mi vida hasta ese momento. Después de toda la caminata desde el primer ingreso hasta el centro universitario, fui viendo que es simplemente una construcción común y corriente, conurbano bonaerense, que tiene rejas. Quizás esta es la diferencia: hay que entrar siguiendo determinadas reglas. Pero como espacio me pareció mucho más amigable y fácil de habitar de lo que había imaginado antes.

Con respecto a ese primer día que mencionás, ¿recordás cuál fue tu sensación? ¿Cómo fue la primera clase?

Es extraño que de la primera clase me acuerdo de lo que hubo alrededor de la clase. Creo que estaba un poco nerviosa por la institución, la institución cárcel y no la institución universidad a la que iba a ir ese día, entonces en la memoria me quedó mucho más cómo fue el proceso desde la puerta de Puan, la combi blanca, llegar hasta el lugar, no tener del todo claro cómo iba a ser. Ustedes me habían explicado todo, pero una cosa es la explicación abstracta y otra es vivirlo, no saber bien en dónde iba a tener que dejar el documento, qué tenía que firmar, qué tenía que llenar, qué tenía que dejar, cómo iba a ser la requisita. Cuando estaba en la combi me preguntaba cuán lejos es de Capital, si estaría cerca del aeropuerto... todas estas dudas me acompañaban. Por esas expectativas y ese nerviosismo de la institución cárcel es que me acuerdo mucho más de cada uno de los pasos de ese procedimiento hasta llegar al centro universitario que del resto. Todo esto fue en tensión, desde entrar a la combi hasta llegar; y creo que el momento en el que entré en el aula se terminó esa tensión, pensé “esta es el aula, estas son las estudiantes, Renacimiento, listo, terreno conocido”, porque entré en la institución universidad, se terminó la cárcel y toda esa cuestión de qué reglas tenía que seguir, qué tenía que dejar, qué tenía que firmar y dejar de firmar. Sí me acuerdo de ese primer día que me presenté en el centro universitario y una estudiante me vino a dar la bienvenida y dijo “¿usted es de Renacimiento? Nos imaginábamos a alguien más viejo”, así que fue también una cosa de romper el hielo totalmente, me dijo “venga, acá está el aula” y me presentó a las estudiantes, y ahí, como decía, ya fue el fin de la tensión, me dije a mí misma “acá está el pizarrón, los bancos, las estudiantes, perfecto”.

Sobre aquella primera clase, recordamos que vos comenzaste diciendo “esta materia se llama Literatura Europea del Renacimiento” y de inmediato problematizaste los tres términos. Este gesto inicial de desnaturalización, creemos, tuvo mucho impacto en aquel grupo de estudiantes del CUE, lo trabajamos varias veces en el grupo de estudios pero también sabemos que ellas lo retomaron como aprendizaje para el abordaje de otras materias. En vínculo con esto, te queríamos preguntar qué concepciones de la literatura creés que había en estas primeras clases en el CUE y si identificás diferencias con las concepciones que circulan en los cursos de Puan.

Ahora que me cuentan eso agrego a mis recuerdos de ese día vuestra presencia, estábamos juntas. Cómo funciona la memoria, ¿no? Creo que yo estaba realmente muy nerviosa. En mi recuerdo estaba lo de pasar por todos esos controles sin saber a dónde iba, pero estaba bien guiada entonces. Efectivamente, esa fue la clase de presentación, empezar a pensar los conceptos, como mencionan ustedes, desnaturalizarlos, como punto de partida. No podría decir con precisión qué

idea de literatura tenían las chicas, pero creo que estaban sí muy abiertas a poder debatir al respecto y participar activamente en la clase, a decir “esta es mi opinión”, “esto es lo que pienso sobre la literatura” o “esto es lo que pienso sobre lo que la docente está diciendo”. En este sentido, si me plantean la comparación posible con lo que ocurre en la Facultad extramuros, en Puan, quizás es un poco distinto. No quiero ponerme maniquea, pero creo que había una vitalidad en la clase del CUE que no siempre aparece en Puan, del lado de los y las estudiantes. Ya en esa primera clase había una intención muy positiva y vital de participar y de preguntar aquello que no se sabía o de opinar sobre lo que se quisiera. Ustedes dijeron la palabra desnaturalización y me parece que es una palabra clave para mí, para entender mi experiencia en el CUE, y quizás también se puede pensar desde ese lugar esta distinción que hago: en el caso de las estudiantes del CUE tal vez estás esperando la semana, privada de libertad, a que llegue el momento de ir a la clase y en ese momento vas a preguntar todo lo que quieras, opinar todo lo que quieras, exprimir ese momento; y en el caso de los y las estudiantes de Puan, quizás si naturalizás que todos los días tenés que ir un práctico, puede ser que la experiencia no sea tan intensa, tan vital como la otra. Dar clases ahí de alguna manera desnaturaliza la práctica de la docencia, y desnaturaliza, desde mi punto de vista, la misma idea de lo que es dar clase, cambia el concepto de lo que es una clase.

¿Cómo fue tu vínculo con las estudiantes del CUE?

Fue un vínculo fugaz de un cuatrimestre, pero muy fuerte y duradero. Hace ya diez años que doy clases en la cátedra de Martín Ciordia y es la única cohorte de la que recuerdo absolutamente a todas las estudiantes. Leo los nombres y sé sus historias, de alguna manera. Las historias que eligieron contarme, la parte de ellas como estudiantes que eligieron compartir en el aula, me refiero estrictamente a eso. Hasta recuerdo qué tema eligieron para trabajar en los parciales. Es realmente algo que quedó grabado en mi memoria. Y también, extrañamente, tengo algún tipo de recuerdo individual de ellas, como decía, algo que han dejado ver de sus historias personales, y eso también es muy valioso, es algo que en Puan es bastante inusual, es poco habitual que un o una estudiante nos cuente sus problemas personales. No digo que esto ocurriera siempre en CUE, pero digo, se traslucía o había algunos momentos, y siempre en relación con la literatura: algunos momentos en los que ellas se abrían a contar en dónde las tocaba el texto, en qué punto de su propia historia había un eco en Shakespeare o en Boccaccio o en cualquiera de los textos que estudiamos en el Renacimiento. No es que la clase era un encuentro de conversación sobre cualquier cosa, hablábamos de literatura pero había algo muy especial en la manera en la que ciertos textos del programa las interpelaban. Eso es súper fuerte y no me había pasado antes de esa misma manera.

En relación con esta especificidad que se presenta al tratarse de textos del Renacimiento, ¿creés que dictar clases en el CUE interpeló o tuvo algún impacto en la manera en que pensás el objeto de estudio, ya sea en la investigación o en la enseñanza de los textos renacentistas?

Sí, completamente. Hay un concepto que siempre damos en la materia que tiene que ver con una manera de leer que inaugura el primer Humanismo, que desde Petrarca se intenta recuperar: volver

a la vida a los antiguos clásicos. Martín Giordia tiene un texto muy lindo² en el que habla de ese vínculo con el pasado como una conversación en el tiempo, y un poco la idea que desarrollamos en el comienzo de las clases en la materia tiene que ver con esta forma de leer a los antiguos, inaugurada por Petrarca, como efectivamente un diálogo con alguien que se entiende como un ser humano sobre la Tierra. Cicerón, por poner un ejemplo, deja de ser una autoridad ahistórica, atemporal, se lo quiere pensar como un sujeto que estuvo sobre esta tierra con ciertos problemas, una dimensión subjetiva y humana, que de alguna manera Petrarca quiere reponer. Esa vuelta a la vida de los antiguos tiene que ver con una vitalidad de esos textos, que fueron escritos por determinadas personas con determinadas intenciones, determinados problemas, determinadas creencias. Y este concepto que siempre trabajamos y que solemos reponer en la primera clase, en el primer práctico, se puede trabajar desde la famosa carta de la *Subida al Monte Ventoso* de Petrarca, para empezar a abordar este diálogo entre gente alejada en el tiempo. Petrarca cree que algunos antiguos le hablan a él mismo, a él. Petrarca –“me están hablando a mí, esto que estoy leyendo era para mí”– se siente interpelado por esos antiguos.

Este concepto que explico como una cuestión teórica, y que de alguna manera marca la agenda del movimiento humanista como un movimiento de recuperación de la retórica y de cierto valor de la literatura, en el CUE yo lo vi encarnado. Es extraño lo que digo, pero me parece que les pasaba o se vinculaban con la literatura del Renacimiento de una manera similar a la manera en la que Petrarca se vinculaba con la literatura de los antiguos. Hay una anécdota que recuerdo muy puntualmente, que es una conversación con una de las estudiantes en una instancia de devolución de un trabajo. Hablábamos mano a mano, no estaba el resto de sus compañeras y conversábamos sobre el tema que había elegido, que era la figura femenina en Boccaccio. Habíamos leído una selección del *Decamerón* y ella había trabajado mucho con un cuento, el primero de la cuarta jornada, en la que se cuentan historias trágicas de amor. La protagonista de este cuento se llama Ghismonda y en un momento clave del cuento se enfrenta a su padre por una historia amorosa. El asunto no termina bien, la pobre Ghismonda no tiene un final feliz, pero la cuestión es esta: poder enfrentarse a su padre por una historia de amor. Volviendo a la escena de la charla con la estudiante, hablábamos de Boccaccio, de las figuras femeninas y en un momento se queda callada y me dice “Ghismonda soy yo”. Y empieza ahí, como les decía antes, a dejar ver y compartir conmigo muy generosamente una parte de su historia en vínculo con el texto literario que ella había analizado, y esa historia por suerte terminaba mejor que la trágica historia de Ghismonda, pero tenía que ver con esta idea de la estudiante cuestionando ciertos mandatos familiares vinculados con una historia de amor, y la conclusión era un poco más esperanzadora, porque implicaba que podía empezar a vivir sin esos mandatos, a vivir en libertad. La frase me pareció espectacular porque ella lo decía muy en serio, no estaba impostando nada, estaba diciendo lo que había sentido al leer el texto. Esta capacidad de sentirse interpeladas creo que es el eco de Petrarca, un texto de la literatura que fue escrito hace setecientos años pero me habla “a mí”; yo podía ver esa continuidad en los modos de leer.

² “Perspectivas de investigación en los estudios renacentistas”. En Giordia, Martín *et al.* (comps.), *Perspectivas actuales de la investigación literaria*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2011, pp. 7-34.

¿Te interpeló en algún otro punto en tu práctica docente y en general como educadora, más allá de lo que señalaste puntualmente sobre la literatura europea del Renacimiento?

Sí, también, desde ya. Creo que fue una experiencia muy enriquecedora desde el punto de vista de la desnaturalización de la práctica docente, el efecto en lo que sigue en la carrera de una, después del CUE, quizás es homeopático. Es un efecto paulatino, yo no podría decir un ejemplo concreto de cómo cambió mi práctica docente, pero sí puedo afirmar que ese primer cuatrimestre de 2018 fue como una renovación de votos con la vocación docente. Al tratar de desnaturalizar la práctica muchas veces aparece, por lo menos en mí, la pregunta de cuál es el sentido de esta práctica, qué tipo de formación puedo brindar a estudiantes en el contexto específico de la universidad pública en la Argentina. Es decir, estamos estudiando el Renacimiento europeo, implica una serie de preguntas que pueden surgir en la práctica de cualquier colega. Pasar por las aulas del CUE me mostró que el sentido de la práctica existe, que es bastante evidente y que está totalmente vinculado con la sociedad, que quizás es una pregunta que yo también me hago seguido: cómo se vincula estudiar el Renacimiento europeo con la realidad latinoamericana, con la sociedad en la que vivo. Y de nuevo me vuelve a aparecer esta idea de Martín Ciordia del diálogo en el tiempo. En ese mismo texto que les citaba recién, él habla de la vigencia de los estudios del Renacimiento y de la posibilidad de usarlos como una vía para repensar cuestiones actuales de América Latina, entonces también es interesante la idea, suena abstracta, suena posible pero la cuestión es cómo, ¿a través de la investigación? Sabemos que, en general, la investigación se lleva a cabo en soledad, en nuestras casas o bibliotecas. En cambio, estar en el CUE hablando de esto y que una de las chicas sea Ghismonda y otra sea Miranda de *La Tempestad* y otra discuta con Poggio Bracciolini por su posición pasiva frente a la ejecución de Jerónimo de Praga en una carta de 1416, bueno, me hace pensar que la vigencia es total y que ese ejercicio de desnaturalización de la práctica literaria es posible, y que hacer todo el rodeo por el Renacimiento termina valiendo la pena.

Además del dictado de la materia, ¿participaste de alguna otra actividad en el CUE?

Además de la materia, dimos una charla³ con una amiga y colega, Carolina Martínez, que es historiadora y especialista en utopías, en el género utópico francés, sobre todo en la temprana modernidad europea. Carolina habló de los viajes imaginarios escritos en las utopías francesas y yo hablé de los viajes reales escritos en cartas y otros géneros en el siglo XVI europeo sobre Japón. El tema del panel tenía que ver con viajes ultramarinos europeos reales e imaginarios y creo que estuvo muy lindo ese encuentro también. Me gustó la experiencia de llevar una colega y amiga muy querida a que conozca el centro universitario, después de haber ido yo todo un cuatrimestre. Para poner una escena muy simple, por ejemplo, ella en el viaje de ida me decía “me estoy dando cuenta de que les voy a hablar de la utopía a chicas privadas de la libertad, adentro de este lugar”. De alguna manera me vi reflejada en las preguntas que mi amiga se hacía en el camino de ida y en el nerviosismo en el viaje en combi que para mí ya era bastante normal, y ella no sabía bien qué tenía que hacer, qué podía hacer, qué no, me preguntaba una y otra vez cuál iba a ser el protocolo. Creo que en ella también operó algo similar a lo que les comentaba al principio de esta entrevista, que

³ Se trató del panel “Viajes reales e imaginarios en el Renacimiento”, en el marco de los 10 años de la carrera de Letras en UBA XXII, en noviembre de 2018.

fue sentir el momento de entrar al aula como el ingreso a un lugar familiar, para hablar de utopía. Además, tuvimos la posibilidad bastante única de que las dos hablamos de nuestros temas de investigación, que nos apasionan, y nos gusta hablar de ellos, por lo que fue una charla relajada y apasionada, sin el acartonamiento que puede tener algo académico. Después las chicas hicieron consultas y hubo, creo yo, buena reflexión, a pesar de la lejanía de los temas en términos de espacio y tiempo. Y también participé gracias a vuestra invitación de la ceremonia de fin de cursada de 2018, fue un momento muy lindo porque pude conocer a las chicas fuera del centro universitario, en otro espacio de Ezeiza, con más amigas. No era solo el microcosmos de las estudiantes de Letras del CUE, sino que había una vista más panorámica, con otras chicas que no estaban cursando la carrera pero que forman parte de la vida social de las estudiantes que yo había conocido, así que eso también fue muy lindo. Esas tres situaciones recuerdo: dictar la materia, el panel y la ceremonia.

Retomando estas experiencias que contabas, tanto de la materia como de las actividades extracurriculares, y pensando en lo que decías acerca de cómo te interpeló personalmente en tu experiencia docente, ¿te produjo alguna reflexión sobre el rol de la universidad en la cárcel esa experiencia?

Sin dudas es un rol crucial el que tiene la Universidad de Buenos Aires en el complejo penitenciario de Ezeiza. Es crucial, es difícil decirlo; lo puedo decir por supuesto siempre desde mi rol de docente, de ese cuatrimestre, de estas actividades que mencionamos recién. Creo que quienes pueden decir con mucho mayor conocimiento de causa cuál es la importancia de ese espacio son las estudiantes, sin duda, pero puedo adivinar o sospechar que el rol de la universidad ahí trasciende por mucho la cuestión educativa, trasciende por mucho la cuestión de la enseñanza de un cierto contenido de literatura. Me parece que funcionaba como un espacio de pertenencia y de identidad de las estudiantes que no solo pertenecen a la universidad, la construyen. Ahí hay un elemento que nuevamente nos permite reflexionar en torno a lo que decíamos sobre lo que se desnaturaliza dentro de Ezeiza: en Puan 480 también las y los estudiantes construyen la universidad, pero quizás resulta menos evidente. En el CUE, es una estudiante la que viene a recibir a la docente que viene por primera vez, es otra estudiante la que organiza cómo se van a repartir los pocos juegos de fotocopias que se logran gestionar según los lugares en los que ellas habitan adentro del complejo, es otra estudiante la que avisa si una no pudo venir porque una penitenciaria no la va a buscar, es decir, se nota la autogestión. La referente que podía ayudarme a saber qué materias habían tenido hace poco, además de ustedes por supuesto, pero digo la referente en el aula, era una estudiante: “este contenido ya lo vimos, profe”, “el próximo cuatrimestre vamos a cursar esta otra materia que se vincula con esto”. También la que hacía un bizcochuelo para toda la clase era una estudiante (y yo no tenía manera de hacerlo porque no podía entrar con ese tipo de cosas). Se vuelve muy evidente al interior del CUE que ellas son las que construyen el espacio, el espacio de la universidad, ni más ni menos. La Universidad de Buenos Aires tiene ahí a una serie de constructoras que no conoce quizás, o que gran parte de la comunidad de la Universidad no conoce. Esto tampoco quita esa otra función formativa, no quiero decir que la única función de la universidad en el CUE es de identificación, de pertenencia para las estudiantes, no, para nada, porque estudian mucho, se esfuerzan muchísimo para estudiar los contenidos. Pero quería enfatizar la parte que me parece distintiva, que es esa construcción

realmente colectiva, que no se queda solo con la frase hecha, abstracta, es de verdad así. Concretamente hay una organización estudiantil que es la que permite que eso funcione, además de vuestro muy valioso trabajo. Se nota ahí, en el aula, que ellas están gestionando también, estudian, escriben, leen, preguntan, gestionan la propia clase diría. Siguiendo con este diálogo con lo que ocurre en Puan y lo que ocurre en Ezeiza, acá la misma clase en algunos puntos resultaba mucho más polifónica.

Con respecto a esta función de la construcción colectiva que recuperarás junto con la función formativa, ¿te parece que tiene alguna especificidad, en este sentido, el dictado de la carrera? El hecho de que se dicte Letras o bien que las estudiantes elijan cursarla, ¿tiene algún efecto o sentido particular? También la pregunta apunta a pensarlo desde la perspectiva docente, en términos de participar desde este rol en la construcción de lo que es la comunidad de las Letras.

Es muy significativo. ¡Es la carrera más linda del mundo! Que ellas elijan estudiar esta carrera me parece completamente comprensible, pero también pensando en esto que dicen sobre la comunidad de Letras, de nuevo, jugando con la posibilidad de desnaturalizar, creo que es interesante identificar que hay un grupo de mujeres que están privadas de la libertad y que forman parte de esa comunidad, que quizás *a priori* una asociaría con otros círculos sociales. Una vez más, funciona la idea de poner en cuestión lo que se cree natural. Y por otra parte es difícil para mí hablar de Letras de manera objetiva, pero la pregunta me lleva a pensar lo que conversábamos con mi colega Carolina Martínez cuando fuimos a dar la charla, esto que me comentaba ella sobre armar un panel de viajes y utopías, al señalar que podría ser un poco paradójico o una ironía algo cruel hablarles de esto a personas que están privadas de la libertad y que por eso no pueden viajar a ningún lado. A medida que avanzaba la combi y seguíamos conversando, pensamos que al mismo tiempo puede ser una manera de estimular esa imaginación del viaje e incluso justo los temas que íbamos a tratar eran viajes imaginarios, no son viajes reales los del corpus que ella trabaja. Entonces, más allá de la cruel ironía, puede funcionar, en términos de poner en juego que es posible imaginar viajes y que eso sea de alguna manera viajar. Estaba tratando de no caer en el lugar común de la literatura como un viaje a lo no visto, pero no pude. Volviendo a nuestra materia y a la perspectiva del Renacimiento, ese modo humanista de leer tiene que ver justamente con conversar, con un diálogo con algo que está alejado en el tiempo o en el espacio. Este diálogo que está mediado por la lectura se puede hacer básicamente en cualquier lado; que las circunstancias de las vidas de las estudiantes sean estar privadas de la libertad en ese momento, en ese lugar, no las priva de esa posibilidad de dialogar con otros y otras alejados y alejadas en el tiempo o en el espacio, con Petrarca, con Boccaccio, con Ghismonda o, como les decía, con las utopías francesas del siglo XVI.

Creemos que lograste transmitirles lo que es la carrera de Letras para vos, porque ese cuatrimestre que cursaron Literatura Europea del Renacimiento y Análisis de los Lenguajes de los Medios Masivos de Comunicación, había estudiantes que eran oyentes o participaban por primera vez y se quedaron, se consolidó ese grupo, se convirtieron en estudiantes regulares que sostienen la carrera hasta hoy en día, muchas de ellas ya en libertad.

Hay muchas escenas que guardo en la memoria, que son recuerdos muy valiosos para mí de ese cuatrimestre, de cosas que están vinculadas con esa cursada. Les contaba, por ejemplo, esta charla de “Ghismonda soy yo”, y ahora recuerdo, a raíz de lo que comentan, la siguiente escena, con la misma alumna. Salí de dar el práctico en Puan en el 2019, justo el año anterior a la pandemia, en un aula chica de esas que hay en nuestra querida Facultad, medio alejada, al costado de los baños, con palomas, poca luz y con todas las cuestiones difíciles de nuestra Facultad; salía del práctico con la alienación post clase, agarré las cosas, ya se habían ido todos y venía pensando en cualquier otra cosa, y me la crucé. ¡El abrazo que nos dimos con la estudiante! Me dio mucha emoción, a ella también y me dijo “¡estoy estudiando Letras!, estoy esperando para entrar a un seminario”, que se dictaba exactamente en el aula de al lado de mi práctico por casualidad. Así que puedo decir que me crucé con Ghismonda en la Facultad. Fue muy hermoso. Pienso que si siguen estudiando Letras afuera evidentemente hay algo de la carrera, de esa formación, que también las interpela, que no es simplemente que la eligieron por ser una de las pocas opciones que hay en el CUE, capaz en algunos casos entran por eso pero se quedan por los textos, por las materias.

Tal vez puede tener que ver, también, con lo que comentabas sobre la comunidad de Letras, los modos de construcción colectiva que tiene la carrera allí. Asimismo, se trata de experiencias que están algo invisibilizadas, a veces se desconoce la existencia del programa. ¿Te parece que las experiencias de docentes y estudiantes en el CUE pueden tener algún impacto en cómo pensamos la universidad en términos más generales? Incluyendo las sedes de Puan, la sede del CUE, la sede del CUD y otras prácticas de extensión, la universidad como englobadora de todo eso.

Me parece que esa posibilidad existe y sería ideal que el Centro Universitario de Ezeiza y el Centro Universitario de Devoto impacten de manera evidente en el trabajo y en la idea sobre la universidad de toda la UBA: las sedes de Filo, de Sociales, de Medicina, es decir, toda la enorme Universidad de Buenos Aires que nos acoge. De qué manera es posible eso, no lo sé; pero creo que el trabajo que ustedes hacen es fundamental para abrir ese camino y que tal vez el primer paso puede ser la difusión de las sedes de Ezeiza y Devoto, ¿no? Son dos sedes más entre muchas otras, pero son muy importantes y quizás, como decían ustedes, invisibilizadas, por lo que el primer paso puede ser ese. Cómo seguir es una excelente pregunta, pero en principio el ejercicio de repensar el rol de la universidad se puede hacer perfectamente bien a través de la experiencia de esas sedes. Lo pienso desde lo que yo viví, individualmente me sirvió para repensar mi profesión y en general la vida académica, de la investigación y de la docencia. Pero a nivel estructural podría implicar un cambio generalizado en toda la comunidad universitaria, yo hablo más bien de mi experiencia personal pero creo que UBA XXII tiene el potencial para imprimir un cambio a nivel general. El hecho de que estudiantes que no están privados de libertad participen de actividades en CUE y CUD, me parece, promueve que la idea del “muro” sea móvil en algún sentido, o al menos lo puede transformar en algo un poco más fácil de traspasar. Pensando en voz alta, se me ocurre que podría ser interesante que, además de participar de actividades concretas o grupos de estudio, haya un seminario que se dicte solo en las sedes intramuros y que los y las estudiantes de la sede de Puan que quieran hacerlo lo hagan allí, ingresando a los centros universitarios. Volviendo al inicio de la entrevista, cuando conversábamos sobre esa primera vez que fui y surgieron mis temores y

mis fantasías, creo que tenían que ver justamente con atravesar el muro. Una vez atravesado fue terreno conocido, disfrutable y el inicio de una experiencia espectacular como docente. El problema para mí en torno a la institución cárcel era cómo hacer para entrar, el fantasma estaba en el muro, pero en realidad en cuanto a estudiantes y docentes formamos parte de lo mismo.

Te queríamos agradecer por la entrevista, sin duda sos una profesora muy importante para las estudiantes, tanto para las que todavía cursan en el CUE como para las que recuperaron su libertad. No solo por las clases sino también por todas las actividades de las que participaste, por estar presente en el acto de fin de curso, en charlas de difusión en Puan y en otras instancias. Para nosotras también fuiste una profesora que nos marcó, con la que pudimos construir y pensar en conjunto, así que aprovechamos para agradecerte por todo el trabajo compartido.

Dos aulas, una biblioteca (y las ganas de resistir)

María Eugenia Bosio

Hay en la literatura un tópico: el pánico a la hoja en blanco. En mi caso, ahora, no es por la falta de inspiración, todo lo contrario. Es por no saber cómo ordenar el desorden de aquellas vivencias únicas y extremas.

Dos aulas y una biblioteca marcan la diferencia, señalan la distancia en tiempo y espacio que existe entre los pasillos oscuros, aquellos retenes distraídos, esos pasos soberbios de botas descoloridas, la música violenta, la lluvia que solo se podía ver, la enigmática luna que había perdido su tautología y el ruido a rejas que se cierran siempre para resguardar con satisfacción un reloj que marca un tiempo diferente: el tiempo que no avanza. Adriana Amante (profe de la cátedra que también atravesó los muros, pero que en mi caso conocí ya olfateando la tan ansiada libertad) nos decía que “los mapas disciplinan el espacio y los relojes, el tiempo”. Ese lugar disciplinaba todo: tiempo y espacio.

Dos aulas y una biblioteca. No importan los motivos, pero un grupo elegimos estudiar la carrera de Letras (en contexto de encierro). Éramos más que una, más que cada una. Éramos una cofradía, “la cofradía de Letras”. Y se fue sumando gente y fuimos potenciando experiencias, profes con sobrados pergaminos motivados por ser buena gente y ganas de enseñar que iban/van a Ezeiza, ignorando no solo las miradas inquisidoras del sistema penal que jamás quiso entender que en la cárcel también se puede enseñar, que en la cárcel también se puede estudiar; sino también de un sistema judicial que sistemáticamente cuestiona esto de estudiar Letras, “¿para qué?”. Jueces y secretarios que preguntan “¿para qué quieren estudiar Letras?”. La ignorancia que la cofradía supo quebrar.

Dos aulas, una biblioteca y un pizarrón que eran nuestro tesoro, ganas de aprender y gigantes profes con ganas de enseñar, hicimos y hacemos la diferencia. Profe Lucía Molina, ¿cuál es el tema de la oración? Tal vez podríamos agregar como rema la dedicación y el cuidado que Usted nos dio para que Análisis de los Lenguajes de los Medios Masivos de Comunicación se convierta en la materia que nos atravesase y nos permita expresarnos libremente.

Aprendimos la antropofagia de la mano de la profe Lucía Tennina, y la frase con infinito significado “tupí or not tupí”, la “estesis” con Emiliano Scariaciotoli, largas discusiones acerca de *¿qué es el ARTE?*.

Y llegaban los esperados viernes para escuchar literatura del Renacimiento, tres horas de un lujo que nos dábamos, una fiesta, como que Bono (la elección del cantante denota cierta edad) nos cantaba solo a nosotras. En un momento desembarcaron los rusos y nos obligaron a desautomatizar sin olvidarnos del extrañamiento. Resultaba una misión casi imposible entender a Tinianov y reconocer que no hay nada nuevo después del cielo de Marx.

Aparecieron los griegos de la mano de Elsa Rodríguez Cidre, y hablábamos griego, entendíamos los “casos”, clase magistral de *La Ilíada*. Nosotras, por nuestro lado, nos convencíamos de que los dioses del Olimpo envidiaban nuestro “logos”. Y también llegó Latín con

Mariana Ventura y toda su paciencia para el análisis sintáctico. Profe, vencí a todos mis fantasmas y aprobé Latín dos años después.

Qué decir de Elsa Drucaroff... Sin duda me dio las herramientas para que pueda ordenar el desorden de estas ideas. Nos acompañó en dos cafés literarios, nos dimos el lujo de conocer a escritoras que escuchaban con toda atención nuestras producciones literarias y miraban con admiración que en el contexto donde vivíamos teníamos la fuerza suficiente para resistir, resistir y escribir, resistir, escribir y estudiar. Seguramente, el día después de los encuentros literarios, cuando se alejaban de ese lugar camino a sus vidas, lo primero que se les pasó por la cabeza a Pía Bouzas, Inés Kreplac, Alejandra Laurencich fue: “y sí, la clave está en las dos aulas y una biblioteca y las ganas de resistir”.

Aprendimos el modelo cognitivo idealizado bola de billar. La profe Claudia Borzi derrochando talento y Florencia Medina tan amablemente exigente no nos daban respiro: tres horas intensas de información. Ella nos dejó un presente cuando terminamos el cuatrimestre, recomendando que lo lean. “Celebración de la voz humana” de Eduardo Galeano: *“cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay quien la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por los ojos, o por los poros, o por donde sea. Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás celebrada o perdonada”*.

Gracias, infierno, por dejar encontrar/nos en el lado hermoso de la vida. Dos aulas y una biblioteca y la voz de “las Letras” que nos recuerda que siempre tenemos algo que decir o que podemos escribir, y que merece ser celebrado. La generosidad de las letras que pueden iluminar soles negros en cualquier espacio, en cualquier tiempo.

Los diferentes nudos se fueron cerrando, abriendo y cerrando en orden progresivo, con la ayuda incondicional del paso del tiempo real y la falibilidad del conocimiento humano. Parafraseando a Borges en el Aleph: “Nuestra mente es poderosa para el olvido; yo mismo estoy falseando y perdiendo, bajo la trágica erosión de los años, los rasgos de *aquel lugar*”, frente a la categórica afirmación inicial “Cambiará el universo pero yo no”. La cofradía no cambió, todo se transformó, las dos aulas y la biblioteca hoy se multiplicaron en 300 aulas gigantes y una infinita biblioteca con sede en Puan. La genialidad de Jorge Luis en espejo: lo que la eternidad es al tiempo, el Aleph es al espacio.

Mi (nuestro) agradecimiento a todos los Maestros que se animan a enseñar en contexto de encierro, a los que tuvimos el gusto de conocer, a los que aún siguen recordando su paso por el Centro Universitario de Ezeiza IV de Mujeres.

La casa grande

Elha Lopex

¿Qué significó para mí estudiar en contexto de encierro?

Según recuerdo por algún libro de Derecho, el castigo por no estar dentro de la ley es la cárcel. A mí me gusta llamarlo la Casa Grande, allí no solo te privan de tu libertad sino te despojan de todo, tu hogar, tu familia, tus amigos, tu trabajo, pero lo peor es cuando te despojan de tu ser, dejás de ser vos sin darte cuenta, es paulatino y constante, dejás de pedir, dejás de hablar, dejás de comer... Te dejás.

Yo tuve mucha suerte: en el pabellón donde me alojaba, muchas compañeras estudiaban, pero había dos locas lindas (Camila y Flavia) que me ayudaron a lograr mi deseo de estudiar. Me anotaban en todas las actividades dentro del CUE, y un día me autorizaron. Qué nervios tenía, caminamos por largos pasillos hasta llegar a una puerta doble, que cuando se abrió mi vida cambió.

Rápidamente llegó alguien a recibirme, Valeria, y sin dejarme pensar, me dijo: “sé que te gusta leer y que no soltás nunca los libros. A vos te va a venir re bien Letras”. Y allí comencé. Fue un camino arduo pero los grupos de estudios estimulaban mi mente y mi ser, las coordinadoras de Letras estaban allí para mí y mi millón de dudas, siempre acompañando, buscando formas de ayudar, trayendo material, pero por sobre todas las cosas, escuchando, mimando nuestras almas y nuestros intelectos. Sin preguntas, sin juzgar, solamente desde su gran deseo de ayudar.

Pero su trabajo no terminó ahí, estando en libertad jamás soltaron mi mano, jamás dejaron de ayudar, jamás dejaron de estar. Cada cuatrimestre están codo a codo con mi estudio, organizando talleres para ayudarme y ayudarnos, a crear, a encontrar nuestro camino, a forjar una nueva voz, una nueva Yo.

Su trabajo parece nunca terminar, cada una de las personas que nos acompañaron en el destierro se comprometen con nuestra causa de salir adelante, en todos los ámbitos, estudiantil, moral, económico y espiritual. Su vocación me lleva a recordar las palabras de qué “es ser un buen docente”. Y saben qué es: es Estar.

Siempre nos miraron con amor, nos hicieron sentir parte de algo mayor, nos subieron a su colectivo de “Sí, se puede acá” y nos transformaron en parte de la comunidad de la facultad de Letras. Por eso, eternamente gracias.

Espero que en un futuro no muy lejano pueda formar parte como profe, para contar mis experiencias y para ayudar, como me enseñaron cada uno de los profes que llegaron hasta allí, para enseñarnos que las rejas no nos prohíben estudiar. No prohíben aprender.

Cada uno de los profes me ayudó a volar por el mundo a través de sus libros, estuve en Italia con Petrarca, en Grecia con la *Ilíada*, en Brasil con el *Manifiesto Antropológico*, abrieron mi intelecto a un nuevo mundo distinto y hermoso. El volar a través de mi imaginación a través de la literatura.

Y ruego que la justicia tome en cuenta, valore más el estudio en contexto de encierro, y que todas las cárceles de este país puedan contar con este tan preciado espacio.

Tiembla el SPF

Betina

Y encanaste.

Un tipo, que es juez, rey de reyes, DUEÑO de todo, de todos y ahora de tu libertad, te encanó.

Estos tipos se comieron a Dios y a todos los dioses de todos los mundos. Qué mundo choto, qué viaje raro el de estos hombres y mujeres que creen poder, sin verte ni escucharte, encerrarte.

Estos jíbaros, caníbales, comedores de dioses y de ateos que, aunque no seamos tan dioses, tenemos una vida divina. Ellos (con su tandita) te guardan hasta que tengan un tiempo para ver qué hacen con tu vida. Mientras tanto... te chorean. La chorean.

Empezás a buscar aire, a caminar. Me inscribo en todo lo que puedo para salir del pabellón y compartir, aprender y divertirme.

Me inscribo en primaria, rindo un examen y lo paso. Mientras, espero mi título secundario de la calle.

Llega el título. Yo quiero ir al CUE. Llega mi título secundario. La UBA, la UBA está acá dentro y yo voy a ir. ¡Llegué! ¡Qué emoción tan grande!

Y pasan algunos días, conozco a nuevas compañeras y a un grupo fascinante de jóvenes fascinerosos, sabios educadores que vienen a traernos libertad, acompañados por su líder —capo de la mafia educativa— el señor profe Parchuc. Vienen a provocar el pánico social. ¡Tiembla el SPF! Y tiemblo de emoción cuando voy al CUE.

CUE: lugar oxigenado en la cárcel. En un mismo “edificio” conviven la ruina y la posibilidad de aprender, de respirar.

CUE: aire puro sin paredón, aire de puertas sin rejas, aire de gente que viene creyendo en vos sin conocerte. Y te miran. Aire que da confianza para apropiarse de uno mismo.

Libros, apuntes, modos y modas, risas, indicaciones, preocupaciones, responsabilidades, exámenes y la espera de las correcciones. Buenos momentos.

¿Y? ¿Se aprende en la cárcel? Si respondiera con rabia a esta pregunta feroz, diría que no, que no se aprende nada. Pero la cárcel pasó por mi vida y yo busco aprender de todo lo que me pasa.

Me detengo. No, ¡no! No me detengo ni en pedo. Mejor digo que hago una pausa y pienso en otra respuesta. Reflexiono. Transformo la idea anterior, la primera respuesta arrebatada que di y se convierte en un sí, ¡aprendí de todo!

Me jacto de eso. Me reciben. Me siento parte. Quiero quedarme.

Siento mucho orgullo de llevar al pabellón temas y materiales que nos acercan los profes para mis compañeras (que nunca fueron) y para mí.

Aprendo, crezco y disfruto armando historias compartidas, contando nuevas “aventuras” escritas y leídas en conjunto para llevar a nuestro Taller de Edición.

Hablo mucho del CUE, les cuento todo.

Pasan 10, 50, 100, 200, 300, 400, 500 días y días. Pero paro de contar porque tengo que sentarme a estudiar.

Me siento aliviada y protegida en clase. Y empiezo a amar el CUE y, claro, a mis profes que no vienen solamente a efectivizar un derecho sino a creernos, a escuchar, a leer para nosotras, a mirarnos... a guardar secretos.